

GABRIEL BERNARDELLO

por Ramiro Aguilar

Tengo muy claros mis primeros recuerdos de Gabriel. Un aula abarrotada de alumnos de Biología de primer año en el anfiteatro 3 de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (FCEyN) de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Yo era parte de esa manada de inocentes alumnos que, con diferentes intereses y expectativas, recibíamos la esperada clase de “Introducción a la Biología”, como un oasis en medio de las duras químicas, físicas y matemáticas que prevalecían en todo el primer año de la carrera de Ciencias Biológicas a inicios de los años 90.

En sus clases, nos abría la puerta a un recorrido sobre todos los niveles de complejidad que abarcaba la carrera, desde las moléculas hasta los ecosistemas. Ni hablar del inolvidable y religioso campamento de un fin de semana a la laguna Mar Chiquita, donde compartíamos caminatas de observación de vegetación y de aves, visitas a museos de ciencias naturales, y teníamos la oportunidad de reflexionar sobre nuestra vocación. El impacto de esas clases fue suficientemente poderoso para retenerme durante todo ese primer semestre. Y para toda la vida.

Viéndolo en perspectiva, yo soy sólo una muestra de cientos de



alumnos de esa materia inicial que fuimos encantados por la pasión que inyectaba Gabriel en sus clases. Su influencia fue fundamental para cautivar a muchísimos alumnos que, durante ese primer año, no estábamos tan seguros de continuar estudiando Biología. Cuando yo cursé esa materia, hacía apenas dos años que él había ganado el concurso como profesor titular. ¡Estuvo 30 años al frente de esa materia! ¡Hagamos el cálculo de cuántos biólogos reclutó!

Un día me acerqué al estrado después de una de sus clases y caminamos juntos escaleras abajo conversando. Yo no sabía qué decirle. Él, en cambio, me disparó cien preguntas en veinte escalones. De las que recuerdo, fueron: ¿por qué elegiste biología? ¿Qué te interesa de la biología? ¿Te gustan las plantas? No recuerdo cuáles fueron mis respuestas, pero sí que volví a verlo

al año siguiente e incluso logré ser ayudante alumno de su materia.

Ese mismo año, un íntimo amigo me contó que tomaba clases de gimnasia rítmica expresiva con un tal Gabriel, profesor de la carrera de Ciencias Biológicas, a quien yo debería conocer. Jamás imaginé que estábamos hablando de la misma persona pero, efectivamente, era él. De esa escuela de gimnasia rítmica expresiva creada por Susana Milderman, muy renombrada en Córdoba, Gabriel llegó a ser uno de sus referentes. Buena parte de su agenda por fuera de su rol de docente e investigador estuvo volcada a esta actividad a la que también entregaba completa pasión. En sus propias palabras, esta gimnasia fue fundamental para explorar sus capacidades y limitaciones, para aprender a escuchar y comprender su propio vuelo interior. Como todo lo que hace, desarrolló y exploró esta gimnasia hasta su máximo posible. Incluso publicó un libro (*Sobre la danza y la gimnasia en la antigua Grecia*), en el que explicaba los fundamentos en los que se basaba la actividad

No me llevó mucho tiempo entender que el encanto que producía en sus clases estaba directamente relacionado con sus atributos expresivos para contarnos lo interesante y apasionante que es la Biología.

Una combinación de artista y científico de alto vuelo. En rigor, eso fue lo que más me sedujo cuando tuve que elegir con quién hacer mi tesina de graduación. Yo veía en él un perro verde: un científico renombrado internacionalmente que estaba fuera de los cánones acartonados tradicionales... por el contrario, ¡era todo al revés de lo que debería ser un científico renombrado! Ese fue el anzuelo perfecto para elegirlo como mentor desde mis primeros pasos en la ciencia.

Cuando le pregunté si podía trabajar con él para mi tesina de graduación como Biólogo, no sólo me ofreció un tema de investigación, sino que además me adelantó que cualquier resultado de ese proyecto iba a ser publicado en una revista internacional. Así publiqué mi primer trabajo científico antes de comenzar mi doctorado y comencé a estudiar ecología reproductiva de plantas nativas.

No dudé en continuar trabajando con él para mi proyecto de tesis doctoral, explorando junto con uno de sus alumnos mayores como mi codirector, nuevas preguntas ligadas a la reproducción de plantas en ambientes modificados por el hombre. Lo que me garantizó Gabriel en su contrato inicial y para siempre fue una amistad genuina y sincera y un trato de igual a igual. Tempranamente me asignó tareas importantes en el laboratorio, siempre atento a mis preguntas y opiniones. Me enseñó a no someterme al principio de autoridad que implica medir la verdad según de quien provenga. Tuvo la capacidad de deconstruir la relación tutor-alumno, replicando, pero no repitiendo su experiencia como alumno, invitándonos permanentemente a que busquemos nuestro propio camino. Pragmático y ejecutivo nos empujaba a entregar resultados, como si fuéramos sus colegas

y no sus alumnos... Eso fue siempre algo muy importante para mí: sentir que su confianza desde muy temprano me ponía en su mismo plano en todas las discusiones, académicas y no académicas.

Como un ejemplo de su generosidad y confianza, me dio la responsabilidad de procesar y analizar los datos de una de sus campañas a las islas Juan Fernández, un archipiélago en el Océano Pacífico con una flora endémica excepcional. Así fue como en mi primer año como doctorando aprendí a medir una diversidad de datos reproductivos de especies ignotas. En paralelo, con él aprendí los detalles de escribir un manuscrito científico. Al día de hoy tengo el recuerdo de los dos sentados frente al monitor, mientras yo escribía las preguntas iniciales y los hallazgos más importantes que surgían de los datos, Gabriel iba opinando críticamente sobre diversos aspectos de la redacción y edición que, al día de hoy, mantengo como premisas fundamentales. Esas horas a su lado compartiendo opiniones y escribiendo esos primeros manuscritos entre té y música clásica en su oficina fueron la mejor escuela posible para aprender a publicar ciencia.

En ese trayecto, desbarató y pateó todas las estructuras formales de las apariencias académicas para dejarme un mensaje claro: *lo más importante para hacer ciencia es mantener la curiosidad y la observación viva como un niño que juega observando y descubriendo su entorno*. Si bien intenté aprender de su innato conocimiento del ambiente natural y de su capacidad para observar la flora, nunca pude ni siquiera acercarme a sus tobillos. Estoy convencido que esas cualidades, atributos indiscutibles de un historiador natural, se las tiene o se las educa desde muy niño. De otro modo no surgen con tanta claridad. Tales cualidades

actualmente son muy infrecuentes entre los jóvenes científicos y es difícil encontrar a un joven naturalista que pueda permanecer en la vorágine del sistema científico actual. Es uno de los últimos historiadores naturales que pudo competir con niveles de publicación como lo exige la academia en los tiempos actuales. En rigor, su producción científica es de las más prolíficas entre sus colegas a nivel nacional e internacional. En términos académicos, ha llegado a todas las cimas posibles. Es increíble, pero sobre todo admirable, que eso sea el resultado natural de su recorrido y no el objetivo inicial de su camino.

Su productiva trayectoria ha estado moldeada por su inquietud permanente, su marca de nacimiento, y por eso mismo ha sido diverso en sus arenas de investigación. Inicialmente como un taxónomo clásico de Solanaceae, siguiendo la escuela de su tutor, A. T. Hunziker, y luego avanzando sobre metodologías nuevas de clasificación basadas en la citogenética y la filogenia molecular. Cuando yo comencé a trabajar con él, Gabriel ya era un pionero en Latinoamérica sobre el estudio de las propiedades del néctar de las flores y la estructura y función de los nectarios en las interacciones planta-polinizador. Luego continuó con el estudio de la ecología reproductiva de plantas nativas. Un capítulo especial son sus estudios sobre la reproducción de especies endémicas de las Islas Juan Fernández donde hizo, junto con colegas norteamericanos, hallazgos extraordinarios sobre una flora hasta entonces bastante desconocida. Si bien muchas de estas temáticas permanecen en su ámbito de trabajo, actualmente se ha propuesto concluir importantes proyectos que comenzaron hace muchos años, como la *Flora de la Provincia de Córdoba*, que requieren ser publicados antes que él se retire de su

trabajo cotidiano. Si bien todas las propuestas de investigación de su rutilante carrera surgieron por sus intereses genuinos, también están allí sus alumnos y el personal de apoyo en inmanente interacción, que supieron subirse a su poderoso y creativo tren de trabajo.

Desde 1976 a la actualidad, ha formado a varias generaciones de Biólogos y de Doctores en Ciencias Biológicas. Contenidos por ese espíritu suyo, el más generoso que jamás conocí, sus doctorandos fuimos abriendo nuevos rumbos y horizontes de investigación, que no hubieran sido posibles sin un director como él, que siempre apostó y dio riendas sueltas a nuestras propuestas sin coartar libertades. En esa interacción mutualista, él ofreciendo oportunidades y dejando (esperando) que todos rompiéramos los moldes, permitió que muchas proles formadas por él y desparramadas por el mundo sean actualmente referentes en diversos temas ligados a la ecología reproductiva de plantas, desde el estudio de los cromosomas hasta las comunidades vegetales.

Una etapa muy importante de su largo andar está ligada a sus actividades de gestión académica. Fueron

muchas y todas muy significativas, a pesar de que él no necesariamente les diera la trascendencia que tuvieron para toda la comunidad. Entre las primeras, se destaca la dirección del *Boletín de la Sociedad Argentina de Botánica*. A partir de su gestión, el *Boletín* pasó de ser una revista local a estar indexada internacionalmente. En esa agenda de gestión fue tomando inevitablemente otras responsabilidades, que de algún modo él mismo sabía que no podía delegar en otros. Así, fue Director de la Escuela de Biología, Secretario Académico de Investigación y Posgrado y Vicedecano de la FCEFyN, Secretario de Asuntos Académicos de la UNC, Director del Museo Botánico, Director del Instituto Multidisciplinario de Biología Vegetal (IMBIV) y Vicepresidente de la Academia Nacional de Ciencias, por nombrar los que considero más importantes. En lo personal, creo que su decisión de tomar estas posiciones de gestión en estas últimas dos décadas ha sido de lo más valiente y bondadoso que he visto en él, en particular la de asumir la dirección de nuestro Instituto. La gestión académica liderada por un científico de un recorrido indiscutible como el suyo es la expectativa más esperada pero la menos probable de encontrar en cualquier

institución. Marcando siempre la diferencia, decidió no tomar el liderazgo monárquico y unipersonal que a menudo caracteriza estas instituciones. Por el contrario, transformó el liderazgo tradicional en gestión cooperativa entre pares sin dejar de ser eficientemente ejecutivo. Hay un sentido transformador en su modo de gestión que ha dejado una marca definitiva donde nos reflejamos muchos científicos que seguimos comprometidos en promover los cambios necesarios que siguen en la agenda de nuestro sistema científico.

Yo, como tantos otros de sus alumnos, resumo en Gabriel un claro ejemplo a seguir. No tanto sobre cómo seguir su camino, irreplicable, sino más bien sobre cómo aprender a escuchar nuestra propia voz y encontrar nuestro propio rumbo. En la medida en que podamos imitarlo en esa premisa, podremos sembrar la semilla en los que nos siguen, sin nunca perder el foco de nuestras inquietudes y nuestra búsqueda. Búsqueda que no tiene destino de éxito ni de fracaso, que simplemente es la llama que nos mantiene vivos. De eso, es lo que él nos ha venido hablando y compartiendo durante todo este tiempo.